

instropección. Esa Teresa es un torbellino. Quiere cambios permanentes, nuevos personajes, nuevos ensueños, nuevos espíritus analizables. Es una inestable, una sicópata. Se busca problemas cuando no aparecen solos. Cambia de ambientes. Va a los hospitales, a las poblaciones callampas a aliviar la miseria. En el fondo, a aliviarse ella misma con el espectáculo de la miseria, de la desmoralización de otros seres que sufren por ella. Ampara prostitutas, llevándoles ropa de seda para hacerlas deseables. Toma a su cargo a una muchacha abandonada con su hija, con lo que trata de desahogar la frustración de no haber sido madre...

Es, en suma, "un arquetipo de la mujer burguesa contemporánea, el producto espléndido del amaterialismo occidental disfrazado. Yo lo pondría en un escaparate en Moscow", resume un diplomático ruso que Teresa tuvo por amigo.



Es, pues, *Chilena, casada, sin profesión*, una apasionante novela. Este mismo derroche de vitalidad, de angustias, de vida variada y compleja hace que la obra sea un tanto descuidada en su estilo, desmadejada. Lo que no es una falta de méritos. Por el contrario, la hace atractiva, irresistible al lector entusiasmado. Nos quedamos con esta novela apretada de pasiones y sutilezas, antes que aquellas de gran estilo, pero frías, sin raíces humanas profundas.

LEONCIO GUERRERO

<https://doi.org/10.29393/At402-133HIFD10133>

*El hombre inconcluso*, de BENJAMÍN SUBERCASEAUX. Editorial Andrés Bello, Santiago. 1963

Es un libro inusitado, que en medios científicos europeos habría sido objeto de viva preocupación. La primera parte comprende la teoría propiamente sustentada por Subercaseaux. Ahí está una serie de proposiciones e hipótesis, cuya finalidad es explicar la evolución del hombre, en especial en cuanto a aspectos mentales, y formula algunos procesos que han llevado a que determinados seres humanos alcancen cierto nivel de desarrollo psíquico y otros no. Este grado de avance constituye un índice que, cuando se logra, significa un rasgo cualitativamente distinto y caracteriza al hombre, sustrayéndolo de la naturaleza animal ("desnaturación"). En consecuencia, sólo el individuo "desnaturado" es propiamente hombre; los demás no lo son.

La segunda parte contiene notas que apoyan sus hipótesis basadas en teorías e investigaciones de numerosos autores.

Es interesante señalar que el autor manifiesta que su teoría de la "desnaturación" es un conjunto de proposiciones, las cuales no estima comprobadas y que están sujetas a controversia desde el punto de vista científico.

El tema en sí mismo, es de enorme interés. Pero ya sabemos que sus implicaciones son insondables. Desde luego, ello rige para los aspectos políticos: si se estableciera que hay diferencias de tal naturaleza entre los hombres que les quita a algunos la calidad específicamente humana, y si esta postula-

ción fuera aplicada a grupos humanos completos, tendría alcances muy graves.

La orientación de los trabajos y la teoría desarrollada por Subercaseaux manifiestan la importancia de un propósito científico que busque paralelos en el desarrollo de los procesos mentales y en el del sistema nervioso. Pero aun en este caso, los efectos de las variables de tipo sociológico y cultural, que sin duda influyen en esos fenómenos, tornan el problema en una complejidad enorme. En consecuencia, el hombre "desnaturizado", ¿es desnaturizado social, cultural, psicológico o biológico? En cualesquiera de estas circunstancias, las implicaciones son siempre muy diferentes.

Toda preocupación por este tema y por construir sistemas teóricos e hipótesis para colaborar a su solución, es laudable, y en este sentido se justifica el esfuerzo de Subercaseaux, pero la explicación final es todavía una gran incógnita.

F. D. V.